

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena. Liberato Montells y Garcia. Mayor 24. Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Lunes 25 de Febrero.

El Eco de Cartagena

EL OSO GRIS.

El oso gris no habita sino los países situados al Oeste del Mississipi, y especialmente las comarcas áridas y desiertas del Occidente encontrándosele rara vez en los bosques elevados, porque no trepa á los árboles como el oso negro. Es sin duda la fiera más terrible que se encuentra en el continente americano, sin exceptuar el jaguar y el puma. Con armas ó sin ellas, el cazador no puede luchar con él, y los indios tienen en tanto el valor del que ha combatido con un oso gris, como el del guerrero que arranca la cabellera de un enemigo vencido.

El oso gris es de una falta enorme y de un aspecto feroz. Tiene generalmente la piel de color pardo salpicado de blanco, lo que le dá ese color ceniciento ó gris, que le ha valido su nombre vulgar. Sus dientes son muy largos y agudos; pero no es esto lo que más temen los cazadores, sino sus uñas de seis pulgadas de longitud, cortadas en forma de media luna, y tan aguzadas, que le permiten desollar un caballo ó un bisonce, ó arrancar la cabellera de un cazador. Su ferocidad llega á tanto, que algunas veces arrebató su presa á la pantera y se lanza sobre toda una manada de lobos agrupados al rededor de algun cadáver.

A propósito de esta fiera, vamos á dar á conocer á nuestros lectores una aventura de que fué héroe en una cacería de ciervos, en la zona de orillas del Colombia, el cazador naturalista Mr. A., quien la refirió sustancialmente al capitán Mayne Reid en los siguientes ó parecidos términos:

«Nuestra caza se verificaba con hogueras, no como la practican los habitantes de los bosques del Oeste, sino colocando nuestras hogueras en un bote que dejábamos marchar á merced de la corriente, haciendo

fuego á todos los ciervos que venian á beber ó bañarse en la orilla del rio para la cual, á cambio de cierta cantidad de pólvora que di á un indio, me proporcionó una canoa construida toscamente con un tronco de algodónero, redondeado en sus extremos, en forma de embarcacion.

«Cuando más engolfados estábamos en tan atractivo ejercicio, llamaron mi atención dos ojos brillantes que fosforescían detrás de algunas malezas en la orilla izquierda del rio. Aun cuando estaba seguro de que no eran los de un ciervo, apunté mi escopeta y disparé. Miré en direccion de la orilla para observar el efecto de mi disparo, y ví con gran sorpresa que los dos ojos comenzaban á brillar en medio de la maleza. Volvíme á mi compañero Dick para preguntarle lo que pensaba, al mismo tiempo que oí el rugido de un animal que me hizo temblar de espanto, y que parecía el grito de un jabali colérico, terrible y amenazador.

«Era nada ménos que un oso gris! Yo creía que había errado el golpe y me equivocaba; mi bala le había herido y el animal estaba furioso. Oímos el crugido de las ramas rotas y el ruido de un pesado cuerpo que caía al agua.

«— ¡Dios mío! exclamó Dick atemorizado: la fiera nos persigue.

«Era cierto; el salto que el animal había dado persiguiéndonos, fué tan bien calculado que casi se puso al alcance de la embarcacion.

«Pero Dick remaba furiosamente, y merced á sus esfuerzos, ganábamos terreno, aunque perséguenos siempre por la fiera, que de cuando en cuando daba terribles gruñidos.

«Estábamos ya como á cien metros de distancia del oso, cuando tropezamos con otro nuevo peligro. Era el ruido de una cascada que caía precisamente en el mismo paraje por donde debíamos pasar; y de la cual apenas distábamos trescientos metros. Comprendiendo nuestra apurada situacion bogabamos desesperadamente para poder atracar á la orilla, cuando de repente sentimos una violenta sacudida. Un cuerpo

pesado se habia apoyado sobre la popa sacando fuera del agua la proa de la embarcacion, de tal manera, que las piñas encendidas cayeron al fondo del bote, y á la luz que proyectaban, vimos con espanto aparecer la terrible cabeza del oso.

«Nuestro esquife, abrumado por aquel peso, bailaba como un tapon de corcho, y ya estaba próximo á zozobrar sin que al oso le inquietase lo más mínimo esta probabilidad; por el contrario, tenia sin duda la intencion de saltar á la canoa. El horror de nuestra posicion nos paralizaba las fuerzas; pero era indispensable hacer algo. Me lancé á la popa y empecé á descargar golpes al oso con la culata de mi carabina. Gracias á mis vigorosos culatazos asestados en el hocico del animal impedí su entrada en la canoa. Mientras tanto, Dick iba aproximándose cada vez más á la orilla, cuando lanzó un grito que resonó en mi corazón. Miré para ver lo que pasaba, y ví á Dick que se habia quedado con el mango del remo, en la mano en cuclote á la pala, flotaba á merced de la corriente. Estábamos perdidos; ya no podíamos gobernar la embarcacion y sentimos que avanzábamos hácia el abismo.

«De pronto la canoa se precipitó como empujada por una poderosa fuerza y un ruido espantoso que se oyó al mismo tiempo, nos hizo creer que nos habíamos estrellado contra una roca. Un instante despues, con grande sorpresa nuestra, nos encontramos aun vivos y asidos á la canoa que flotaba en una agua tranquila.

«Por fin, á fuerza de remar con la culata de mi carabina y con las palmas de las manos, conseguimos dirigir nuestra embarcacion casi llena de agua hácia la orilla, y cuando llegamos á tierra, á pesar de la profunda oscuridad que nos rodeaba, pudimos divisar al oso que parecía nadar en direccion á la orilla renunciando á la persecucion: el salto inesperado que habia dado por la cascada, amortiguó al parecer su energia.»

Vamos á terminar con la relacion de otra aventura ocurrida con los

osos grises al citado autor de las *Veledas de caza* el capitán Mayne Reid, viajando en compañía de varios *Cazadores de cabelleras* por las montañas cercanas á Santa Fé. Es el mismo capitán, quien, despues de explicar la manera con que estaba situada la comitiva por la nieve en un valle profundo habia logrado dar caza á un *carnero cimarro*, prosigue su narracion refiriendo el suceso en la forma siguiente:

«Ya principiábamos á arrastrar nuestra presa hácia el campamento, cuando nos llamaron la atención algunos gritos, llantos de mujeres, imprecaciones y manifestaciones de espanto que partian del sendero que conducía á nuestro campamento. Los cazadores, los indios y las mujeres corrían de una parte á otra como poseidos de locura, señalándose unos á otros con el gesto, la cima de las rocas.»

«Miramos en aquella direccion y vimos un grupo de espantosas fieras que conocimos al punto. Eran los monstruos más terribles de la montaña: eran cinco osos grises, aparte de los que los acompañaban y que todavia no aparecian.

«Habian llegado hasta allí en persecucion del carnero, y á la sazón, hambrientos y privados de su presa, se atreverian á todo. Uno de ellos habia empezado á descender, tanteando el suelo con sus manos y dando bufidos. Silbaron al momento una docena de balas, é irritados los osos por los disparos que les causaron tanto daño como si fuesen pinchazos de alfiler, se dispusieron á bajar gruñendo furiosamente.

«Rompimos de nuevo el fuego, y aun cuando nuestras balas herian á los osos, ninguna de las heridas era mortal, y lo que conseguimos era aumentar su furia. Agotadas las municiones sin matar uno solo de nuestros enemigos, arrojamos las carabinas y esperamos á pié firme á los osos, empuñando las hachas y los cuchillos de monte.

«Nos precipitamos hácia la roca con intencion de herirlos al bajar, porque los osos descendían de espaldas; pero frustróse nuestra espe-